

Isabel Keats

*Cuéntaselo
a otra*



Cuéntaselo a otra

Isabel Keats

Esencia/Planeta

© Isabel Keats, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13161-8
Depósito legal: B. 14.790-2014
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: ROMANYÀ VALLS, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



«Una portería en la calle Lagasca es lo más parecido que encontraré jamás a una buhardilla en el barrio de Montparnasse, en París», se dijo Inés clavando sus pupilas en las pupilas invertidas, pero con un grado de dilatación idéntico, que el reflejo del inmenso espejo del cuarto de baño le devolvía. Mojó las manos bajo el chorro de agua fría, se lavó la cara y volvió a mirarse en el espejo, como si esperase que algo hubiera cambiado entretanto.

—Es una locura, no puedo hacerlo... —le comentó en voz alta a ese clon, algo pálido y de ojos verdosos y asustados, que la miraba fijamente—. No, no puedo hacerlo... ¡Pero lo haré!

Una vez tomada la decisión, se secó bien el rostro con la esponjosa toalla de rizo americano y regresó al elegante dormitorio, decorado por uno de los interioristas más conocidos de Madrid. Cogió su iPhone de la mesilla de noche y, con determinación, marcó el número de Silvia.

Un mes más tarde, Inés sacaba la última caja de cartón de la vieja furgoneta del hermano de Fran, el amigo *hippie* de Silvia, mientras rogaba a Dios que ninguno de los vecinos del inmueble se fijara en el espantoso rótulo que anunciaba la pescadería «AY, SIRENA, QUE TE PILLO». El día en que su amiga le anunció que un conocido suyo se ocuparía de la pequeña mudanza, a Inés le pa-

reció perfecto; bastantes cosas tenía ya en la cabeza como para tener que ocuparse también de esos tediosos detalles, pero cuando vio la furgoneta de marras casi se cae de espaldas. Al percatarse de su expresión horrorizada, Fran le explicó con amabilidad:

—Mi hermano siempre ha estado un poco salido. —La espantosa sirena que decoraba todo el lateral de la pequeña Renault Kangoo le devolvió a Inés una mirada desafiante; incluso los enormes pechos desnudos que asomaban entre los ensortijados cabellos de color verde bilis parecían examinarla, amenazadores. El amigo de Silvia continuó con su explicación, al tiempo que empezaba a meter bultos en el maletero, que olía, más que ligeramente, a pescado—. En cuanto me percaté de que era bizca de pezones, me dije a mí mismo: «¡Un momento, yo he visto antes ese par de tetas!». Entonces recordé mis últimas vacaciones en Torremolinos y caí en la cuenta de que eran las de la fresca de mi cuñada. Creedme, son inconfundibles.

—¿De verdad tenemos que entrar ahí? —le preguntó a Silvia en un susurro desanimado; si ese vehículo demencial era un presagio de lo que el futuro le deparaba, desde luego su porvenir no parecía muy prometedor.

—Venga, Inés, no seas tiquismiquis. —Su amiga hizo un gesto de impaciencia—. A caballo regalado... Además, no tardaremos mucho en hacer la mudanza, lo has dejado casi todo en el guardamuebles.

Así que, resignada, Inés se metió en la furgoneta y partieron rumbo a ese destino incierto que le aguardaba.

Con un gruñido, dejó caer la última caja en el minúsculo recibidor de la vivienda del portero y se derrumbó sobre el horrible sillón de brazos de madera tapizado con inmensas flores naranjas

y marrones, donde ya la esperaban repanchingados Silvia y su amigo.

—Ni siquiera después de fumarme cuatro petas seguidos he conseguido ver imágenes más psicodélicas que el estampado de este sofá. —Fran sacó de una cajita un papel de liar cigarrillos y empezó a quemar una china.

—¡Eh, tío, ni hablar! —Inés apagó la llama del mechero de un poderoso soplado—. ¿Estás loco o qué? ¿Pretendes que huela toda la portería a porro y que me echen antes siquiera de empezar?

—Joder, Inesita, cómo te pones —protestó el amigo de Silvia, haciendo el signo de la paz con dos dedos.

—Para, Fran, Inés tiene razón. Si quieres fumar vete afuera, pero antes danos unas de esas cervezas que has traído, porfa.

Fran sacudió sus largas rastas, resignado. Entonces se levantó, se subió la cinturilla elástica de los pantalones de estilo moruno que dejaban al aire unos espantosos calzoncillos de color gris brillante y, arrastrando los pies, fue a la cocina y sacó de la vieja nevera General Electric que parecía sacada del plató de «Cuéntame» dos Mahou, ligeramente congeladas aún.

—Tomad. —Le tendió una a cada una y, de paso, les dio también una bolsa de quicos gigantes—. Para que no os emborrachéis, que luego vas a conducir tú, Silvie.

—¡*Don't worry*, tronco! ¡Gracias!

En cuanto su amigo salió por la puerta, Silvia se volvió hacia Inés, quien en ese momento daba un largo trago a la cerveza helada.

—¿Estás segura de esto? —Hizo un expresivo gesto con la mano, abarcando todo lo que había a su alrededor.

En verdad, el piso era diminuto y oscuro. Por los pequeños tragaluces situados en lo alto de las paredes se colaba una débil claridad, pero no se podía ver la calle, y los escasos muebles eran

horrendas reliquias de los años sesenta que no aceptarían en Cáritas ni regalados.

—¿No te gusta la decoración *vintage*? —Inés alzó una ceja, inquisitiva—. Pues, hija mía, está a la última.

No quería admitirlo, pero quizá sí que había cometido una terrible equivocación. Después de todo, cualquier parecido de ese hediondo cuchitril —en el aire todavía quedaban rastros de los miles de guisotes elaborados en aquella cocina liliputiense— con el ático dúplex de La Finca que acababa de vender era pura coincidencia. De repente, cualquier deseo de bromear se evaporó por completo y, sin poder evitarlo, sus labios empezaron a temblar y esbozó un patético puchero. Al verlo, su amiga se apresuró a decir:

—Ay, Ine, no quiero ser la típica repelente y empezar con el «te lo dije» desde el minuto uno, pero ¿no habría sido mucho más sencillo pedir en tu banco el traslado a la sede de Estados Unidos o Canadá? Todavía estás a tiempo; puedes olvidarte de esta locura y decírselo a tu jefe. Eres buena en tu trabajo; a pesar de la crisis, eres la única persona que conozco a la que no le habían bajado el sueldo, sino todo lo contrario...

Habían discutido el tema mil veces y Silvia había empleado argumentos parecidos, pero, al ver su mirada de compasión, Inés irguió la espalda, encajó las escápulas y la interrumpió con firmeza:

—No, ahora no me voy a rajar. Ha sido un momento de debilidad, pero ya ha pasado, te lo prometo. Mis planes siguen adelante. He encontrado el refugio ideal para lamerme las heridas durante el año sabático que me he dado a mí misma y no voy a renunciar a él. Quiero ser Renée, la portera de *La elegancia del erizo*; ya te conté que ese libro me impactó.

—Bueno, a mí también me impactó Laura Ingalls en «La casa

de la pradera» y no voy por ahí con dos trencitas y dientes de conejo... —comentó su interlocutora sin dejar de masticar el puñado de quicos gigantes que acababa de meterse en la boca.

—Reconoce que es el lugar ideal para desaparecer durante una temporada. ¿Tú crees que a alguien se le va a ocurrir venir a buscarme a una portería del barrio de Salamanca? Así podré dedicarme en serio a escribir, sabes que llevo años intentando acabar mi manuscrito. —Inés se levantó del sofá y empezó a caminar de lado a lado del pequeño salón sin parar de gesticular con las manos—. Si me hubiera ido a Estados Unidos estaríamos en las mismas: trabajo diario de ocho de la mañana a diez de la noche y los fines de semana ocupados paseando a mi madre, a mi hermana y a todas aquellas amigas tuyas que decidieran cruzar el charco para ir de compras. Así es imposible concentrarse.

—Ya, pero reconoce que lo de meterse a portera es un tanto radical. —Silvia dio un largo trago a su cerveza mientras seguía con la mirada los vaivenes de su amiga.

Inés se encogió de hombros. Llevaba puesto parte de lo que iba a ser su nuevo disfraz: moño bien apretado en la nuca, unas grandes gafas con cristales ahumados que no necesitaba, pantalones de globo —un corte que Silvia sólo había visto en un reportaje sobre la movida madrileña de los ochenta— y un jersey tres tallas más grande que disimulaba a la perfección su esbelta figura, la cual, desde que había estallado toda la historia del divorcio, se acercaba peligrosamente a la flacura.

—Imagínate que entre tus vecinos hay un japonés culto y amable; créeme, con esas pintas no te va a mirar dos veces —añadió apuntándola con el cuello de la botella vacía, para dar más énfasis a sus palabras.

—¡Bah! —Inés se encogió de hombros—. Lo último que busco ahora es un hombre, me da igual que sea japonés o conguense.

Además, ya sabes que en estas viejas fincas del centro de Madrid sólo quedan jubilados con un pie en el más allá.

—De verdad, Inés, no entiendo tu cerrazón, hace ya casi un año que te divorciaste de Daniel. No te digo que te tires de cabeza al viaducto del matrimonio; pero, hija mía, una cita con un tío de vez en cuando, aunque sea exclusivamente para ir al cine, no creo que te haga daño. —Las palabras de Silvia contenían un matiz de exasperación.

—Mira quién habló. Desde que lo dejaste con Tomás, que yo sepa no has vuelto a salir con nadie, salvo que a Fran lo consideres alguien, claro está —contraatacó Inés con mala idea.

—Te equivocas. —Su amiga sonrió de forma misteriosa.

—¿Me equivoco? ¡Cuéntame ahora mismo! —La aprendiz de portera se tiró de nuevo sobre el incómodo sofá dispuesta a averiguar hasta el último detalle—. ¿Dónde lo has conocido? ¿Cómo se llama?

—Bueno, te cuento, ¡pero, por Dios, quítate esas gafas que das miedo con ellas puestas!

—Pues ni me había enterado de que las llevaba, oye —Inés se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita frente al sofá, una mala copia, algo coja, de un diseño de Luciano Ercolani—. Está claro que mi nueva personalidad porteril se ha apoderado de mí. Y, ahora, cuéntamelo todo con pelos y señales.

—Lo conocí hace un mes en una conferencia sobre el calentamiento global... —empezó Silvia y, al oírla, Inés puso los ojos en blanco.

—¡Otro fanático del planeta Tierra no, Dios mío!

—¡Sin faltar! Pero no, él no iba a la conferencia. Yo entraba en el Círculo de Bellas Artes y el bajaba la escalera y... ¡Ay, Inés, fue como en las películas! Chocamos, se me cayó el paraguas, se le cayó la carpeta que llevaba, nos agachamos a la vez para recoger-

los, nos dimos un golpe en la cabeza, nos miramos a los ojos, nos pedimos perdón al mismo tiempo, él me invitó a tomar un café, yo mandé a hacer puñetas la conferencia...

Al observar los ojos soñadores de su amiga, Inés sintió un leve pinchazo de envidia; ya no recordaba la última vez que ella experimentó una ilusión parecida, pero se repuso en el acto y preguntó:

—¿Y volvisteis a quedar otro día?

—Otro día, y otro, y otro... —Silvia seguía y seguía como el conejito de Duracell, pero, antes de rayarse del todo, consiguió salir de ese bucle infinito y cambiar de frase—. Además, a diario hablamos tres o cuatro veces por teléfono.

—¡Caramba!

—Sí, ¡caramba! —Una gran sonrisa se había hecho fuerte sobre los labios de su amiga; sin embargo, en seguida Silvia salió de su arrobamiento, se puso en pie con decisión y empezó a dar órdenes—: Bueno, y basta ya de cháchara. Vamos a sacar las cajas y lo colocamos todo. Así, mañana, cuando empieces a trabajar, por lo menos estarás un poco más cómoda.

Fran regresó en ese momento, pero no les fue de mucha ayuda; estaba tan colgado que se tumbó de espaldas en el sillón y permaneció las dos horas siguientes con los ojos bien abiertos, enumerando en voz alta cada una de las extrañas figuras que se escondían en una antigua mancha de humedad que había en el techo. Sin hacerle el menor caso, ellas siguieron dale que te pego y no les llevó mucho tiempo vaciar las pocas cajas que Inés había llevado consigo. Luego sacó unas sábanas y, entre las dos, hicieron lo que debía de haber sido la cama de matrimonio de los últimos habitantes de la portería, aunque, a Dios gracias, el administrador se había ocupado de cambiar el colchón. Era tan pequeña que su edredón arrastraba por todos los lados.

—No entiendo cómo puede dormir un matrimonio en una cama tan canija —comentó Inés en cuanto terminaron de hacerla—. No sé el resto de la humanidad, pero Daniel tenía la horrible manía de dar patadas cuando estaba dormido, así que yo procuraba ponerme lo más lejos posible, a salvo de sus tendencias futboleras.

—Eso lo dices porque llevabais ocho años casados y nueve de novios. Ya no te acuerdas de lo a gustito que se está cuando te acurrucas al lado del hombre del que estás enamorada. —De nuevo, asomó a los ojos de Silvia aquella mirada soñadora que a Inés le estaba empezando a dar dentera; sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario.

Al acabar de colocar las pertenencias de Inés en su sitio, el aspecto del pisito era tan desolador como al principio, pero, al menos, estaba un poco más lleno.

—Vas a tener que hacer algo con este lugar si pretendes aguantar aquí un año entero —Silvia trató de cerrar la puerta del aparador del salón de un empujón, aunque fue inútil; a los pocos segundos, volvía a abrirse como si fuera víctima de un extraño fenómeno *poltergeist*.

—¡Kiap!

La quinta vez que se abrió, Silvia le soltó una patada de karateca que astilló un poco la madera; pero, nada, emitiendo algo parecido a un gemido de dolor, la condenada puerta volvió a abrirse y así se quedó.

—Si algún día me siento con ganas, igual pinto un poquito y me paso por Ikea. —Inés se encogió de hombros, un gesto de desánimo que empezaba a serle habitual.

Cuando por fin se fueron Fran y Silvia y se quedó sola en la lúgubre vivienda, se tiró sobre la cama recién hecha y empezó a llorar.